

MEDITA CONMIGO

Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. (2 Tim 2:3)

Sin duda que el apóstol Pablo sabía bien cómo era la vida de un soldado, y cuál era el perfil que debían tener; con toda seguridad que los que él más conocía eran los del imperio romano, dada la circunstancia que llenaba el ambiente cotidiano de su tiempo, los cuales se destacaban por su grado de fidelidad a su señor el César, lo que implicaba que la vida misma estaba dispuesta para ser ofrecida en el cumplimiento de sus deberes, y listos a la obediencia ante el más mínimo tono de orden de sus superiores, todo esto podía conllevar obviamente sufrimiento de diversa índole no obstante la paga y el honor a que eran acreedores. Ahora bien, cuando el apóstol usa la expresión *buen soldado*, al exhortar a Timoteo, está dando por sentado que éste ya ha sido previamente enseñado al respecto, y simplemente se lo está recordando remarcándole su perfil en el servicio; aún cuando más adelante usa otros símiles para hacer relevante la disciplina que lo debe caracterizar, vamos a enfocar particularmente la cualidad de *buen soldado*.

En primer lugar hemos de tener claro de quiénes son los que dentro de la iglesia del Señor deben saberse llamados soldados; en nuestro tiempo resulta fácil tomar este título, de tal modo que se han hecho cantos de culto que entonados en no pocas congregaciones se entiende que todo el que los canta es un soldado, esto sin duda está muy lejos de la realidad, aunque con toda certeza el Señor desearía que así fuera; el punto es que así como en la milicia humana deben llenarse ciertos lineamientos, en el ejército del Reino de Dios tendrá que haberlos con mayor razón, porque la lucha no es contra carne y sangre, y las armas defensivas y ofensivas usadas en él tienen que ser conocidas para que puedan ser usadas con efectividad (2 Cor 6:7; 10:4); la primera parte es el enlistamiento, el cual tiene condiciones para la aceptación; nadie puede saltarse la primera condición, esto es, *haber nacido de nuevo*, dicho de otro modo, *haber creído de corazón que Jesús es el Hijo de Dios, y que fue sacrificado en una cruz para pagar nuestra deuda de pecado, y que al tercer día resucitó para hacernos nuevos hombres* (2 Cor 5:17), *y que nos llevó junto con él a los lugares celestiales* (Ef 2:6), *a causa de lo cual aquí sólo somos portadores de sus buenas nuevas* (1 P 2:9) *para que él agregue a su ejército a todos cuantos lo acepten* (Hech 2:47) Esta es la razón por la cual Pablo exhorta no sólo a Timoteo, sino a toda la iglesia a vestirse de la armadura de Dios (Ef 6:11-13); por todo esto entenderemos, pues, que todo verdadero creyente es un soldado en el ejército de Dios. Ahora bien, precisamente por ser buenos soldados ninguno en la milicia de Dios está exento de ser herido, y esto sin duda dejará cicatrices en todo nuestro ser, las cuales son el testimonio de que estamos en el frente; tú como buen soldado habrás dado la mano a tus compañeros caídos hasta hacerlos llegar a buen resguardo, así para contigo nunca faltará la mano de otro buen soldado que te levante cuando caigas y de la misma manera te lleve a buen resguardo (Gal 6:1-2). Ya más de algún escritor ha puesto en el papel que, el único ejército en el que los soldados caídos son pisados por sus compañeros en lugar de levantados es en el de los cristianos; bueno, para esto hay una explicación; y está en el mismo decir de Pablo: *Tú, como buen soldado*. Quiere decir que también puede haber malos soldados; éstos no merecen el título de soldados, sino de *mercenarios*; éstos son los falsos hermanos, falsos creyentes, pues, los cuales sólo aparentan estar en la lucha; su verdadero interés es mezquino, su lucha no es la de Jesucristo, sino la de un grupo sectario, tenga el nombre que tenga, son los aludidos por Judas diciendo que son los sensuales que no tienen al Espíritu (Jud 16-19), y que sólo se apacientan a sí mismos; los cuales pueden ostentar altos grados, o el de simples rasos. Esta realidad es inevitable, así que los buenos soldados tendrán que sobrellevar este otro sufrimiento.

A veces se piensa que las únicas penalidades a las que se refería Pablo eran las de carácter material para los que van al frente, pero no, hay cicatrices invisibles como la hipocresía en que cayó el mismo apóstol Pedro, ante la cual el propio apóstol Pablo le da la mano para levantarlo; hay cicatrices visibles como los inevitables divorcios o divisiones congregacionales; el punto focal de esta meditación es llevarnos a entender que en esta lucha no hay exentos, por lo cual hemos de usar la buena virtud de un buen soldado, que es la misericordia, para dar la mano a quienes deambulan arrastrándose heridos esperando quien les dé la mano de misericordia, y se les quite de encima la bota mercenaria de la condena. Que mi Señor nos haga sensibles ante esta realidad, para que así como hay cruz roja militar en los ejércitos humanos, despleguemos este servicio para nuestros hermanos caídos en la lucha espiritual.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava